

SESIÓN-HOMENAJE DEDICADA AL EXCMO. SR. D. ANTONIO CRUZ-CONDE Y CONDE

ÁNGEL AROCA LARA
ACADÉMICO NUMERARIO

"Es muy probable que mi proyección ante los que no me conocen se presente deformada. Dieciséis años de vida pública dan cierta apariencia de profesionalidad política, y eso exige aclarar de mi parte que yo no conozco la política sino montada sobre una divisa romántica: el servicio a mi tierra entrañable". Con estas palabras nuestro homenajeado de esta noche, el Excmo. Sr. Don Antonio Cruz-Conde y Conde manifestaba su preocupación sobre el juicio que podría merecer a los cordobeses del futuro su labor al frente del Ayuntamiento y la Diputación. Acto seguido y como aclaración absolutamente innecesaria para quienes lo conocieron como Alcalde y Presidente de la Corporación Provincial y para quienes hemos tenido noticia fidedigna de su gestión, nos aclara que no tuvo otro norte que los intereses de Córdoba.

Hoy, a más de tres décadas de aquel discurso del 2 de diciembre de 1967, que marcó su abandono definitivo de la política, nadie puede dudar del altruismo con que sirvió a esta ciudad, que aún lo sigue añorando como Alcalde. En él no se produjo el frecuente salto a otras esferas de la política arropado por el prestigio atesorado entre noviembre de 1951 y diciembre de 1962, aquella felizmente apodada "década prodigiosa" en la que D. Antonio Cruz-Conde empuñó el bastón de mando de esta queridísima ciudad para conducirla desde la noche sombría de una posguerra cruel e interminable al alba de la Córdoba moderna, en la que ya era realidad o se esbozaba todo lo que hoy valoramos en ella. ¡Cómo siento que mi condición de cordobés de nuevo cuño me impidiera vivir aquellos años, que hubieron de ser extraordinariamente ilusionantes para los cordobeses!. Salvo el puente, que ya tenía su antecesor de cuando los romanos dominaron la Bética, todo lo demás se ofrecía nuevo, como venido del alba del mundo, desde la infraestructura del abastecimiento de aguas y el alcantarillado a la preocupación por las zonas verdes y la limpieza, pasando por la recuperación de algunos monumentos señeros de la ciudad o el Plan de Ordenación Urbana de 1958.

Aquel magnífico alcalde de Córdoba no buscó jamás rentabilizar su esfuerzo a nivel personal. Le bastó con la satisfacción y el orgullo de haber servido abnegadamente

a la ciudad que amaba y sigue amando sobre todas y, cuando estimó que Córdoba no necesitaba de él, se retiró discretamente a vivir su prolongado silencio de la elegancia, que es práctica harto difícil para la inmensa mayoría.

La Real Academia de Córdoba, que en sus últimos años viene dedicando la sesión de clausura del curso a alguno de sus miembros más significados, acertó sin duda al acordar por unanimidad este modesto homenaje al decano de nuestros académicos de honor, cuya nómina está integrada además por S.M. la Reina y los Excmos. Sres. D. Pablo García Baena y D. Manuel Clavero Arévalo.

La razón que fundamentalmente sustenta el que acordáramos dedicar este acto a D. Antonio Cruz-Conde, es su labor como alcalde ejemplar de Córdoba. Así se lo hice saber al comunicarle la decisión del Pleno y él, entre la liberalidad que lo distingue y su convencimiento de que no ha hecho sino perseverar en la antigua vocación de servicio de los Cruz-Conde a esta ciudad, a la que han dado siete alcaldes, me dijo que aceptaba honradísimo nuestro reconocimiento como un homenaje a la familia. Insistió en restar mérito a su labor, comentando cómo su hermano Alfonso, que le precedió en la Alcaldía, allanó el terreno en sus dos años de mandato para hacer posibles algunos de sus logros, o que, igualmente, varios de los proyectos que llevó a término fueron ideas de D. José Cruz-Conde Fustegueras, su tío, aquel alcalde de los años veinte que proyectó y llevó a cabo una calle "disparatadamente" ancha y larga entre Las Tendillas y la actual Ronda de los Tejares. Es sintomático de la talla de D. José el que nuestro homenajeado de esta noche, a una edad en la que ya sólo pueden sostenerse los pedestales inquebrantables de nuestros ídolos, siga hablando de su tío con reverencial admiración y reconociéndolo precursor de algunas de sus obras más celebradas.

Mi falta de memoria histórica en esta ciudad, mi escandaloso desconocimiento de tantos aspectos de su pasado, me impide calibrar el alcance de los aportes familiares a la añorada labor de D. Antonio Cruz Conde. En cualquier caso, nuestro homenaje —que puede compartir con quien quiera, por supuesto— va dirigido a él y pretende recordar al común de los cordobeses que aquella Córdoba limpia, cuidada en los detalles, dignificada hasta cotas que son historia, fue fruto de su buen gobierno.

La Academia, en su modestia, no puede suplir la deuda de todo un pueblo, pero aspira, desde dicha modestia, a espoletar la conciencia ciudadana, a hacer sentir la necesidad colectiva de honrar públicamente a un alcalde excepcional que amó ansiosamente a Córdoba, alcanzó a conocerla como pocos, caló en su esencia, sin duda, y puso todo su empeño y todos los medios a su alcance en servirla con abnegación admirable.

Si esta ciudad, que suele tenerse por paradigma de la tolerancia, no es capaz de hacer abstracción del color de sus servidores, de despojarlos de cualquier aditamento anecdótico y valorar lo único que importa: su honradez, su dedicación, su entrega sin reservas, dará triste testimonio una vez más de que, contrariamente a aquello de lo que solemos alardear, Córdoba es inflexible, pétrea, condenada *ad aeternum* a continuar dividida en castas, en rediles irredimibles y ajenos por completo a la universalidad conciliadora que proclamamos de ella.

Son muchos, sin duda, los méritos que concurren en D. Antonio Cruz-Conde; son muchísimos los motivos de gratitud que esta ciudad tiene para con aquel alcalde que, además, puso especialísimo empeño en preservar las competencias de la Corporación que presidió frente a quienes, apoyados en la singularidad de los tiempos, en su condi-

ción y en sus influencias, pretendieron puentear el poder municipal. Desde la Academia valoramos especialísimamente su visión de Córdoba como ciudad de cultura, como fruto sazonado e irreplicable de casi tres milenios de historia, que se iniciaron cuando en la Colina de los Quemados, en el mismo lugar que él eligió para el parque que lleva el nombre de su familia, surgió el núcleo urbano que fue germen de nuestra ciudad.

Muchas veces he dicho de Julio Romero de Torres que su mayor mérito fue, desde mi óptica, el haber acertado a calar en la esencia de Córdoba y el derrochar habilidad y oficio para plasmar dicha esencia en sus lienzos. Como nuestro inenarrable Leonardo cordobés, D. Antonio Cruz-Conde supo que los pabellones de Córdoba habrían de tener la armonía por cordaje, que el papel, perdido y desapercibido en la vastedad de la Gran Vía madrileña, era un baldón inaceptable sobre el empedrado de una angosta calleja cordobesa. Quiso que Córdoba alcanzara un tono festivo único, sin paralelo, en el Festival de los Patios y que tuviera como ajustada expresión del sentir de sus gentes el Concurso Nacional de Arte Flamenco. Devolvió a La Corredera su dimensión de plaza barroca, recuperó la Casa de las Bulas, la de los Caballeros de Santiago, La Calahorra, el Alcázar... Y en los muros del último, como si de tapices gobelinos se tratara, hizo instalar los mosaicos romanos de Córdoba, para que, al pisar el salón más noble de esta ciudad, todo el mundo supiera de su antigua grandeza.

La mera relación de sus caricias al callejero de Córdoba sería interminable y la prudencia me aconseja concluir en este punto. Permítanme que lo haga con palabras de Pablo García Baena, que es quien, por conocimiento y sintonía con la Córdoba de Cruz-Conde, debería haber hecho, si sus ocupaciones lo hubiera permitido el ofrecimiento de este homenaje. El vió así la gestión de nuestro homenajeado:

"Antonio Cruz-Conde fue el alcalde que tuvo una visión totalizadora de los barrios antiguos completando el respirable aire de los monumentos con el cuidado del pormenor, la revalorización del entorno desde lo pequeño. Reglamentó la apertura de huecos, anuncios, zócalos, etc. en la Judería, hoy bazar aberrante. Alumbró con faroles siglo XIX el callejeo histórico. Dio proporción de plaza a la Corredera. Promovió el concurso de cante jondo. Señaló con azulejos los viejos nombres de las calles. Iluminó lugares recónditos, inéditos como el jardín de Osio, hoy empringado de graffitis, la puerta lateral de San Pablo, hoy señalada como garaje, el San Rafael del triunfo catedralicio. Abrió las callejas de la Hoguera, hoy parodia pseudo-árabe. Su pasión paciente y detallista —un ejemplo más en lo minucioso es la ermitilla de Abades— nos entregó una ciudad escondida, limpia, íntegra, intacta, presta a recibir la medalla de oro de la Academia de San Fernando".

Hicieron falta dos mil años para que un cordobés sintiera la necesidad de enlazar con un segundo puente las márgenes del Guadalquivir, confío en que Córdoba no necesite otro tanto para caer en la cuenta de que aún tiene pendiente una deuda de reconocimiento incuestionable para con aquel añorado alcalde de la década prodigiosa"